

# PiNOCHO

AÑO. IV  
NUM. 202

25 cts

30 DICIEMBRE  
1928



- ¡QUE GORDITO ESTÁ USTED DON TURU! ¡LO MENOS PESA CIEN KILOS!  
- ¡PUES EL AÑO PASADO ESTABA MÁS DELGADO Y PESABA MUCHO MÁS!  
- ¿COMO PUEDE SER ESO?  
- ¡PORQUE ESTABA EMPLEADO EN LA ESTACIÓN EN LAS BÁSCULAS DE PESAR LOS EQUIPAJES!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL AVION NEGRO

NOVELA

POR

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Aún estaban los dos amigos bajo esta impresión, cuando el rebotar de herraduras de caballos sobre el hielo, vino desde

afuera a romper el silencio, casi solemne de la estancia.

A Suwoff asaltóle la sospecha de que sus amigos, precipitando los acontecimientos, hubiesen decidido penetrar en la casa de campo y obligar por la fuerza al profesor a revelarles en dónde tenía oculto su secreto. Lanzándole al Pope una rápida mirada, se acercó a una ventana. Inmediatamente retrocedió muy pálido y sobresaltado.

—¿Qué es eso? —preguntó el Pope.

—Que la casa está rodeada...

—¿Rodeada de qué? —preguntó el profesor Guthowsky.

—De cosacos y de agentes de policía.

—¿Otra vez? —exclamó el sabio con impaciencia.

—¡Estamos perdidos! —murmuró el Pope.—  
¿Cómo salvarnos?

—Nos han seguido —repuso Suwoff—. ¡Llegó nuestra hora; ya no hay salvación para nosotros!

Un rumor de recias y apresuradas pisadas dejóse oír por la escalera, y antes de que ninguno de los tres pudieran hacer ningún movimiento, abrióse la puerta, apareciendo en el dintel Godunov, seguido de un pelotón de cosacos.

—¿Qué es lo que vienes a hacer aquí? —le preguntó el profesor, saliendo a su encuentro con los ojos aún centelleantes por la reciente conmoción.

Godunov apuntó al profesor con una pistola. Dos cosacos hicieron otro tanto con el Pope y Suwoff.

—¡Un solo movimiento y sois muertos! —dijo Godunov.

Suwoff le dirigió al sabio una mirada significativa.

—¿Lo ves? —le dijo.— ¡Estos son los hombres con los que empleas piedad!

—¡Es cierto! —exclamó el profesor Guthowsky, volviéndose hacia Godunov, mientras que éste hacía que lo maniataran.— ¡Es cierto! ¡Yo he podido matarte, y te he dejado vivir! Cuando tú caíste aquí víctima de un misterioso sueño, yo pude, con nada, transformar aquel sueño en eternidad... No lo hice, devolviéndote libre al mal, que es tu sacerdocio, y ahora tú me devuelves en odio la recompensa por haberme mostrado generoso contigo. Es natural. ¡Tú no eres un malvado —añadió el biólogo con acento de sincera y profunda piedad—: eres un vil!

Godunov no necesitaba estimular su odio contra el profesor Guthowsky; pero estas palabras hicieron que su rabia llegara al paroxismo. Si no es porque meditaba una venganza mucho más terrible, había disparado el arma que tenía en la mano, matando a

aquel que atreviase a ofenderlo de un modo tan sangriento en presencia de sus soldados.

El mismo Pope y Suwoff estaban aterrados ante tanta temeridad. ¡Ellos, que habían ido allí animados por los más arrogantes propósitos, no habrían tenido tanta como aquel anciano, el cual era ajeno a toda pasión política!

Godunov lanzó al profesor una mirada rebosante de odio, y les dio orden a dos cosacos de que lo ataran.

El profesor no protestó. Unicamente, mientras rodeaban las cuerdas a su cuerpo, continuó diciendo muy tranquilo:

—¡Sí, Godunov, eres un vil! Veo sobre tu mejilla el estigma de tu vileza. ¡La línea roja que la atraviesa es, sin duda, la huella de un latigazo! ¡Confíesalo, Godunov; has sido azotado como un perro!

Al oír esta última y atroz ofensa, al recordar el ultraje sufrido en la cabaña de los zingaros, Godunov no pudo contenerse más, disponiéndose a arrojarle sobre el profesor. Pero éste lo aguardó a pie firme, relampagueando sus aceradas miradas.

Godunov, como detenido por una fuerza misteriosa, bajó los ojos, dió un paso hacia atrás y les dijo a sus soldados con voz trémula:

—¡Amordazarlo!

Inmediatamente un cosaco colocó un pañuelo sobre la boca del profesor, el cual no apartaba de Godunov su penetrante mirada. Este, evitando encontrarse con los ojos del profesor, dió apresuradamente las órdenes necesarias para la captura y conducción de los tres. Jaskoff y Suwoff fueron igualmente maniados.

—¡Y ahora —dijo Godunov, volviéndose hacia el profesor— despidete de tus brujerías, maldito hechicero! ¡Al fin sabremos las diabluras que perpetrabas aquí dentro; mañana tu casa estará en poder de la policía; tus sucios embrollos serán descubiertos, y tú serás quemado vivo, como merecen los impostores como tú!

El profesor Guthowsky había escuchado sin pestañear las palabras de Godunov. Sólo un fugaz resplandor pareció animar sus pupilas.

Cada uno de los tres prisioneros fué colocado entre dos cosacos, disponiéndose todos a salir.

El profesor Guthowsky iba el último de los tres. Un cosaco le seguía. Apenas estuvo el sabio en el dintel de la puerta elevó sobre su cabeza los brazos atados, y con los dedos juntos soltó un interruptor de ebonita que había sobre el arquitrabe de la puerta.

Una luz deslumbradora, acompañada de una descarga seca, como la producida por mil chispas eléctricas, brilló en el aire de improviso, y las paredes de la estancia fueron sacudidas por un temblor fulminante. Todos quedaron parados repentinamente, atónitos y aterrorizados, mientras que de un complicado aparato de una, es decir, de la potentísima máquina eléctrica que comunicaba con la energía central, ele-



vábase, en medio de un crepitar seco y amenazador, una rutilante llamarada.

Marta, angustiada y llorosa, había ido a besarle las manos a su señor.

—¡Apártate y huye! —le gritó el profesor Guthowsky. — ¡Huye si no quieres arder viva!

En efecto, las paredes encendidas en mil sitios, crepitaban, ardían e inflamábase, y la lengua de fuego, empujada por la corriente de aire, dirigíase hacia la puerta, envolviendo a la columna humana, la cual precipitábase en salir.

—¡Maldición! —gritó Godunov.

En el bajo, los animales encerrados en el establo pataleaban, balaban, mugían... Marta, fuera de sí por el temor que la dominaba, habíase parado sin saber dónde ir.

—¡Huye, huye! —le gritó el profesor, mientras las llamas salían por la ventana como colosales lenguas de fuego. — ¡Va a estallar una terrible explosión!

Al oír estas palabras los cosacos y Godunov, arrastraron a los prisioneros hasta el trineo cubierto, que habían llevado consigo, y alejéronse al galope de aquel lugar de desesperación.

Aún no habían recorrido media versta, cuando oyeron una espantosa detonación. Todos volvieron el rostro hacia atrás. En el sitio en donde pocos minutos antes alzábase la casita de campo, elevábase una llamarada, lanzando hacia el cielo montones de escombros y densas columnas de humo.

Los cosacos, como heridos por un supersticioso terror, no se atrevían a acercarse a aquel hombre terrible y misterioso, que parecía ser el instrumento de alguna poderosa cólera sobrehumana, dejándole solo en un rincón de la *troika*.

El profesor Guthowsky no se había movido. Con los ojos medio cerrados y semejante a una estatua, dejábase llevar inerte en el veloz trineo, perseguido por los sangrientos relámpagos de la casa, pasto de las llamas.

## XX

### *La mano de Dios.*

Suwoff, Jaskoff y el profesor Guthowsky fueron encerrados en una misma celda, en la terrible fortaleza de San Pedro y San Pablo, el amenazante abismo que, raras veces, devolvía vivas a sus víctimas a la luz del sol.

El hecho de no haber sido separados era para los tres hombres un gran consuelo; pero, ¿cuánto duraría? Estaban encerrados en un estrecho nicho, el cual tenía una pequeñísima ventana junto al techo. Sobre el helado suelo no había ni una brizna de paja; la temperatura era crúdísima, y los prisioneros tenían que estar envueltos en sus pellizas y apretados unos contra otros para no morir de frío.

A la altura del ventanuco, sobre un terraplén exterior, aparecía de cuando en cuando la lanza del cosaco de guardia, el cual desde aquel sitio podía vigilar la celda a cada momento.

El sabio había sido libertado de la mordaza y de las ligaduras, así como sus compañeros. Sin embargo,

no hablaba, y sus compañeros de infortunio respetaban su silencio. Estos estaban aún bajo la terrible impresión de la escena a la cual habían asistido. Suwoff, especialmente, que conocía a fondo a su amigo y tenía un concepto bastante próximo a la verdad de los admirables tesoros científicos encerrados en el laboratorio del profesor Guthowsky, pensaba con espanto en lo que debía de haberle costado a aquel hombre la destrucción de los tesoros, conquistados a la Naturaleza con la luz del genio y con la tenacidad de una fe ciega. Sin duda, el corazón y el alma del profesor continuaban estando allí abajo, en el bosque de Párgolowo, y creía ver aún las llamas destructoras devorar el maravilloso fruto de sus largos y geniales estudios, reduciendo a cenizas todo lo que había sido hasta entonces la más bella afirmación del género humano. ¿Cómo tener el valor de perturbar aquel sagrado recogimiento?

Suwoff y Jaskoff limitábanse a cambiar en voz baja sus impresiones. ¿Qué destino estariales reservado? De seguro la muerte. Pero, ¿cuál? Ambos se preparaban y confortaban recíprocamente para afrontar las más crueles torturas morales, para no dar a sus verdugos el espectáculo de su pusilanimidad. También pensaban en sus compañeros. ¿Qué habría sido de Shasky y de Vera? ¿En qué acabarían todos sus propósitos de reivindicación y de libertad?

Un gran desaliento se apoderó de ellos. Tal vez Guthowsky estaba en lo cierto, y aquello que los hombres llamaban libertad, no valía la pena de tantas y tan grandes luchas.

Los tres prisioneros hacía ya muchas horas que estaban en la cárcel.

Ya era de noche; pero aún no parecía que nadie se acordase de ellos. Su única compañía era un pálido y triste rayo de luna. Atormentábase el frío, dejándose sentir la necesidad de alimento, no ya con el estímulo habitual del hambre, sino con una sensación de debilidad y languidez, extendida por todos los miembros.

—¿Habrán decidido dejarnos morir de hambre y de frío? —murmuró el Pope al oído de Suwoff.

—No —respondió éste—; ya viene alguien.

Oíase un rumor de pasos. El rumor aumentó en intensidad, señal de que los pasos se acercaban. De pronto, cesaron las pisadas, y los prisioneros oyeron un ruido de herramientas de hierro.

Esto hizoles comprender que el calabazo contiguo al suyo había sido abierto y que la fortaleza de San Pedro y San Pablo habíase tragado una víctima más. ¿Quién será? Tal vez algún otro compañero de religión.

Un helado escalofrío hizo estremecerse a los prisioneros, siendo acometidos de un triste presentimiento.

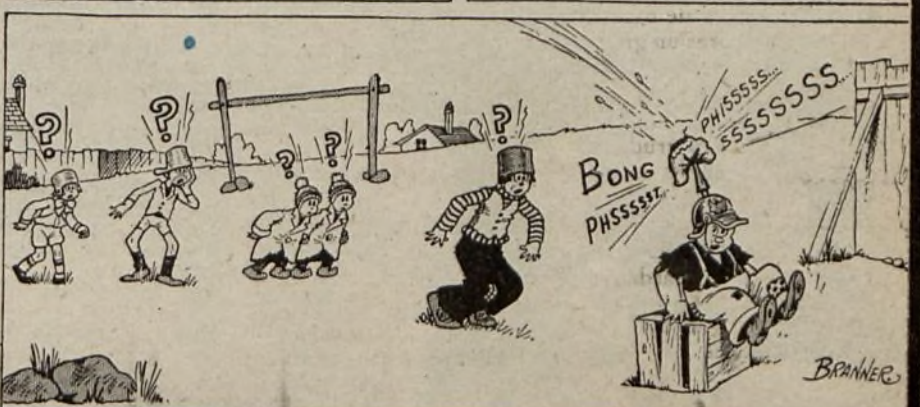
El profesor Guthowsky, al escuchar el funesto estruendo, levantó por vez primera la cabeza, después de tantas horas.

—¡Otro vencido! —murmuró.— ¡Otro vencido en esta lucha de miserias y de bajezas!

Al recién llegado debieron de arrojarlo en la celda inmediata, pues los prisioneros oyeron el sordo ruido producido al caer un cuerpo sobre el suelo de piedra. Un débil gemido hirió sus oídos; pero nada más.

(Continuará en el número próximo.)









# EL OGRO DE LA SELVA

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES DE LA NUEVA SERIE 'BARBILÓN'

(Conclusión)

Barbilón quiso huir, pero sintió que algo le detenía y le privaba de escapar. El pie del ogro le había pisado las barbas.

Esto fué, precisamente, lo que le salvó, porque el ogro había calculado que Barbilón huiría y descargó su garrote en el sitio en que el escudero debía estar en aquel momento; así que, en vez de tocarle, dió con su tranca en el suelo, en donde quedó hundida más de un metro.

—¡Demontre! —dijo el ogro al ver que a pesar del golpe todavía continuaba el infeliz Barbilón cerca de él.

—¡Ea, basta de reverencias y apártate un poco para que te dé sobre seguro!

Pero mirando con atención comprendió que lo tenía aprisionado, y rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Has de saber, amigo Barbilón, y ahora te lo puedo decir porque ya no te puedes aprovechar del aviso, que sobre ser mi tranca mejor que la tuya, como has podido comprobar, has sido un verdadero asno gastando tus fuerzas en darme en mitad del espinazo, cuando eso para mí son tortas y pan pintado... En cambio, si

me hubieses dado en mitad de la cabeza, aunque tan sólo hubiesesido derefilón, ya me teníasinsertible, y con un

poco más de esfuerzo te me hubieras podido comer en vez de ser tú el comido... Pero no te apesadumbres ahora, porque se vé que estás destinado a manjar de cocina. ¡La otra vez te escapaste por verdadera casualidad!

—La verdad es —contestó el escudero retorciendo el cuello para mirar al ogro— que si lo que me acabas de decir me lo dices la vez pasada, cuando te quisiste comer la piedra, para celebrar esta batalla hubiera preferido subirme a un árbol y esperar tu gracioso paso antes de estar como un tonto jugando al escondite...

—¿Lo ves, hijo, lo ves? Apenas te he dicho cómo podías haberte salvado y ya estás lleno de remordimientos por no haberme podido despeinar... ¡Pero sé razonable! No sé si sabes que se me acaba de escapar un bocado exquisito y no lo quisiera perder, de modo que baja la cabeza y estate quieto un momento para que te arree con toda seguridad. ¡Serías un mal compañero si me hicieses perder tiempo dando golpes en falso!

—¡Esperal... Yo también tengo un secreto, como tú, y como me has sido simpático, te lo voy a decir para que no pierdas tiempo.

—¿Cuál es? dijo el ogro súbitamente.







—Que a mi cabeza, como no le des con una porra de roble, no la escachas.

El ogro miró su porra y quedó satisfecho.

—Pues has acertado, porque este bastoncito es de roble.

—¡Mira que eres ignorante! —dijo Barbilón—. ¡Es de acebuche! No hay más que mirarlo.

—¡Es de roble, melón!

—¡Te digo que es de acebuche!

—¡Mira que eres tozudo! Si sabré yo lo que es roble y lo que es acebuche.

—¡A ver!... Y si es de roble te lo diré honradamente.

El ogro dudó un momento, pero al ver a su enemigo tan sólidamente sujeto por las barbas, le alargó el garrote.

Barbilón pensaba arrancar su barba de un tirón, a ser posible, y probar a salvarse una vez que tenía la porra en su poder; pero en aquel momento, Manfredo, desde su escondite, le dijo en voz baja:

—¡Dale un golpe en el pie cojo y te soltará la barba!

—¿Quién habla por ahí? —dijo el ogro mirando en todas direcciones.

Barbilón, que había comprendido, aprovechó el momento y le dió un soberbio porrazo en la herida que unos meses antes él mismo le había hecho.

El ogro rugió de furor y levantó el pie, dejando libre las barbas al escudero, quien, aprovechando la ocasión en que el ogro con el pie en la mano bajaba la cabeza para examinar los destrozos, le descargó nuevamente la tranca en mitad de la pelambrera. El efecto fué ins-

tantáneo. El monstruo cayó sin decir ni pío, mientras que torrentes de sangre negra le brotaban de la cabeza.

Estaba muerta la fiera. Pero por si alguna duda quedaba, Barbilón le

desciñó el cuchillo y a golpes de garrote se lo clavó en el corazón. Después los tres héroes de esta descomunal aventura se abrazaron. ¡De buena se habían escapado!

Volvieron por el jabalí; comieron alegremente, y ya, sin cuidados de ninguna clase, siguieron andando, hasta que unos días más tarde abandonaron la selva que por poco les había sido fatal, y entraron en los dominios de la Princesa Pelagia, en donde les ocurrió la aventura conocida con el nombre de «EL CASTILLO SIN BARRER O LA ESCOBA ENCANTADA».

FIN



**"EL OGRE DE LA SELVA"** forma parte, como ¡lataplum! ¡lataplum!, de la Serie Barbilón, de Cuentos de Calleja en Colores.

Los personajes de **"EL OGRE DE LA SELVA"** continuarán sus aventuras en los siguientes tomos ya publicados:

**LA ESCOBA ENCANTADA**

**BARBAS VERDES**

**BARBILÓN REY DE LOS FEOS**

**MALAS PULGAS**

**AL-DABA, AL-DABÓN Y AL-DABONAZO**

**EL REY SANSEACABÓ**

Cada tomo vale 1. - pts en todas las librerías y en la Editorial "Saturnino Calleja" S.A. Calle de Valencia 28. Madrid.





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HOY ME HE LEVANTADO COMPLETAMENTE CARPINTERO, CURRINCHE; ANDA, PREPARA UNOS LISTONES, CLAVOS, MARTILLO Y VETE A MENEAR LA COLA



¡QUÉ BIEN SE ESTÁ AQUÍ, TOMANDO LOS AIRES DE LA SIERRA!

OYE, NIÑO; SI VUELVES A COLOCARME OTRO CHISTECITO COMO ESE TE SUELTO UN MAMPORRO QUE TE DEJO LAS NARICES AL CERO



YO CONOZCO A UN CARPINTERO QUE TODOS LOS HIJOS LE SALEN LISTONES

MIRA, CURRINCHE, QUE TE VOY ASALTAR UN OJO



BUENO ¿Y SE PUEDE SABER PARA QUÉ SIRVE ESTE CAJÓN?

ESTO QUE AQUÍ VES ES UN GRAMÓFONO QUE VA A HACERNOS RICOS

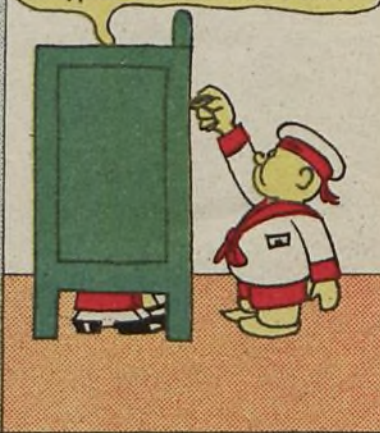


EN CUANTO ASOME UNA PERRA POREL AGUJERO, TE PONES A CANTAR EL CORO DE LOS HUGONOTES

Y LAS GANANCIAS NOS LAS REPARTIREMOS MITAD Y MITAD ¿EH?



ECHEN UNA PERRA Y OIRÁN LA MEJOR MÚSICA RATONERA DEL MUNDO. ¡UN DISCO UNA PERRA! ¡DOCE DISCOS DOCE PERRAS!



¡POR SER LA VIRGEN DE LA PALOMA UN MANTÓN DE LA CHINA... NA CHINA... NA TE VOY A REGALAR



¡CASPITITA! ¡MIRA POR DONDE ME VOY A DIVERTIR CON ESTA PERRA GORDA DE PLOMO QUE NO LA QUIEREN NI LOS POBRES!

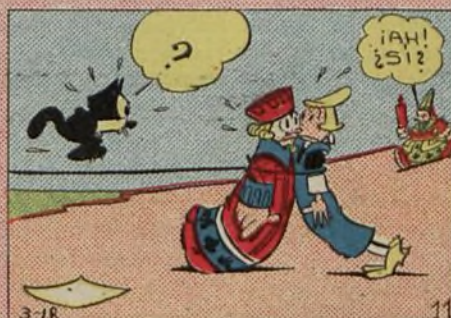
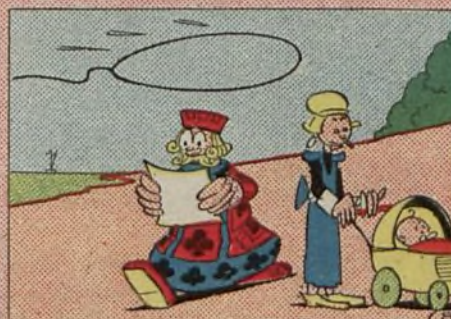
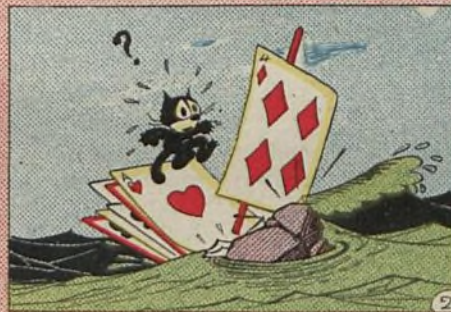




**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL SARGENTO MIGUEL

Castillo



UBO en cierto tiempo un joven muy valiente que se llamaba Miguel, el cual sentó plaza de soldado.

Cuando acabó la guerra, Miguel, que era sargento, recibió la licencia absoluta y un poco de dinero.

Al llegar a su pueblo habían muerto sus padres, y Miguel pidió hospitalidad a sus hermanos.

—Con mucho trabajo —dijeron éstos— nos mantenemos nosotros; no te podemos recibir en nuestra casa.

El pobre Miguel, cansado de andar sin rumbo fijo, se sentó en una piedra y se puso a reflexionar sobre su triste suerte.

—Es tarde —decía— para que yo aprenda un oficio; por otra parte, no he de pedir limosna, pues sería una vergüenza para mí.

Así reflexionaba, cuando volvió la cara y se encontró delante de un hombre vestido de color verde, pero que tenía un pie juanetudo y horroso.

—Estoy dispuesto —le dijo— a darte cuanto dinero necesites, si tienes valor.

—Cien veces he visto la muerte sin temblar —dijo Miguel.

En aquel momento, y a pocos pasos, salió un oso enorme rugiendo de una manera aterradora. Miguel preparó el fusil, apuntó con calma y el animal cayó todo lo largo que era.

—Bien —dijo el hombre del traje verde—, veo que no tienes miedo; pero necesito otra condición para darte el dinero.

—Aceptada —replicó Miguel.

—Te pongo por condición que durante siete años no te lavarás, ni te peinarás, ni te cortarás la barba, ni el pelo, ni las uñas; también te prohíbo rezar. Si mueres en ese plazo, es mía tu alma; pero, si sobrevives, serás libre, y todo lo que ahorres será tuyo.

Aunque Miguel estaba mal de recursos, vaciló un rato; pero, como era atrevido por naturaleza, pensó que en el plazo fijado bien podía librarse de la muerte, y aceptó el trato.

El diablo, pues era él en persona, se quitó su levita de color verde y se la puso a Miguel, diciéndole:

—Mientras la tengas puesta, siempre tendrás los bolsillos llenos de monedas de oro

Quitó el diablo la piel al oso y se la dió a Miguel, diciendo:

—Toma también este abrigo; te servirá de cama, pues entra en las condiciones que durante los siete años has de dormir en el suelo.

Dicho esto, el diablo desapareció.

Miguel metió las manos en los bolsillos y las sacó repletas de monedas.

Al ver tanto dinero, recobró su buen humor y continuó su marcha, dispuesto a correr mundo.

En los primeros tiempos llevó una vida alegre; pero, al cabo de un año, sus pelos formaban una madeja enmarañada; la barba la tenía revuelta y asquerosa; las uñas parecían las garras de un gavián, y la cara la tenía tan cubierta de pelo, que el pobre Miguel se había convertido en una especie de monstruo.

Dondequiera que iba con su piel de oso, las mujeres y los chicos escapaban, dando gritos de miedo.

Estando ya en el cuarto año de su nueva existencia, llegó una noche a un pueblo donde no había más que una sola posada. El mesonero retrocedió espantado al verle tan peludo, y, cogiendo su garrote, se opuso resueltamente a dejarlo entrar.

No obstante, cuando Miguel le ofreció una mano llena de plata por su hospitalidad, el hombre se ablandó,

concediéndole albergue en un cuarto oscuro. Mas esta concesión no fué incondicional

El desdichado Miguel, que antes era alegre, empezó a resentirse de la repulsión que inspiraba a todos: estaba en su cuarto sumido en tristes reflexiones, cuando oyó lamentos en el cuarto contiguo.

Impulsado por su buen corazón, abrió la puerta y vió a un pobre viejo que se retorció las manos con señales de profunda pena.

A la vista de Miguel atemorizóse el anciano, mas pronto se tranquilizó.

El viejo lloraba su desventura como si fuera un niño.

Las vicisitudes de la suerte le habían hecho perder cuanto tenía; había venido para implorar la ayuda de







un pariente rico; mas éste le había despedido sin darle ni siquiera para pagar el pequeño gasto del mesón; en consecuencia, tendría que ir a la cárcel.

—¡Si yo fuera solo, no me importaría! —añadía el viejo—. ¡Pero tengo tres hijas! ¿Qué será de ellas?

Miguel pagó lo que aquel hombre debía en la posada y le dió un bolsillo bien repleto de oro, mucho más de lo que el hombre necesitaba para sus deudas.

El anciano exclamó con acento de sinceridad:

—¡Sois mi salvador! ¿Cómo podré mostraros mi agradecimiento? Si no sois casado, ¿queréis ser mi hijo casándoos con una de mis hijas?

La proposición no le pareció mal a Miguel, y acompañó al anciano a su casa.

Entraron en la casita del viejo, y la mayor de las hijas declaró que prefería la muerte a casarse con semejante monstruo.

La hija segunda se negó a dar su mano al bienhechor de su padre.

Llegó la hija pequeña, se enteró del caso, y dijo:

—Padre: habéis dado vuestra palabra, y estoy dispuesta a casarme con vuestro salvador.

Estas palabras hicieron sonreír de gozo al feísimo Miguel. Este sacó del bolsillo un anillo de oro, lo partió en dos pedazos y entregó uno de ellos a su prometida.

—Conserva tu medio anillo —le dijo Miguel a la niña—, pues yo tengo precisión de recorrer el mundo tres años y medio. Si, pasado este tiempo, tardo un mes en venir, considérate libre, pues eso querrá decir que habré muerto. Pero ruega a Dios que me conserve la vida y que proteja mi alma.

Pasaron los siete años convenidos. Al día siguiente de cumplido el plazo, llegó Miguel al mismo matorral donde había celebrado el contrato que sabemos.

Aparecióse el diablo, que por cierto venía con cara de mal humor.

—¡Vaya! dijo—, devuélveme la levita verde.

—Vamos despacio —contestó Miguel—; ante todo, ponme en el estado en que estaba cuando nos conocimos.

El diablo, aunque a disgusto, afeitó a Miguel, le cortó el pelo, le limpió las uñas después de cortárselas perfectamente, y le lavó la cara.

El diablo se fué murmurando y echando pestes por no haber ganado la parti-

da. Miguel compró una espléndida casa, con tierras, parques y jardines. Sus campos eran feraces y extensos; sus parques, verdaderos bosques, y sus jardines, deliciosos vergeles.

En seguida se vistió de terciopelo como un gran señor. Al día siguiente mandó enganchar una soberbia carroza que, tirada por ocho magníficos caballos blancos, cubiertos con lujosos arreos, lo condujo a la casita donde moraba su futuro suegro. El viejo, que lo tomaba lo menos por un conde, lo presentó a sus hijas.

Miguel, en presencia de todas, declaró su deseo de casarse con una de las tres.

Al oír esto, las dos mayores corrieron a sus cuartos para vestirse y adornarse; pero la menor permaneció sentada en un rincón. Parecía no prestar atención a la presencia de Miguel.

El forastero entonces le dijo que deseaba beber a su salud, y con disimulo dejó caer su medio anillo en el vaso de la joven; ésta no tardó en reconocer que era un fragmento de su

alianza o anillo. Conmovida, sacó el otro pedazo que llevaba al cuello, pendiente de una cinta, juntó los dos fragmentos, y vió que se completaban.

—Yo soy tu novio —dijo Miguel—. Dios ha querido que recobre la figura humana, y vengo a casarme contigo.

En aquel instante llegaron las dos hermanas. Venían vestidas con las ropas de las grandes solemnidades. Cuando supieron que el personaje era el mismo de la piel de oso y oyeron que se casaba con la hermana menor, se apoderó de ellas una envidia inconcebible.

Miguel fué luego un buen cristiano, hizo muchas obras de caridad y vivió feliz con su nueva familia.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, curioso Chononcito.

—Muy buenos días, mi querido buho. ¡Vaya un sol espléndido que hace hoy! Fijate qué día más hermoso. Todo está inundado de luz. ¿Podrías decirme, mi sabio amigo, qué cosa es la luz?

—Ya sabes que yo puedo contestar a todo lo que tú me preguntes. La luz es una energía que impresiona nuestros ojos. La vemos reflejarse en todas partes. Gracias a la luz podemos ver las cosas y darnos cuenta de la inmensidad del universo.

—Y gracias a la luz te veo a ti y te conozco. Si no hubiese luz no podría saber la forma que tienen los buhos. Ni te vería las gafas. Yo ya me figuraba que sin luz no veríamos absolutamente nada. Estaríamos a oscuras. No me has sacado de dudas hasta ahora. Perdona mi insistencia y mi torpeza; pero sigo sin saber lo que es la luz.

—Es que no me atrevo a explicártelo de otro modo, porque temo que no me comprendas.

—No tengas ese temor, porque ya sabes que yo, en cuanto no entiendo una cosa, la pregunto. Tú me has dicho mil veces que lo haga así. ¿No es verdad?

—Es cierto. Voy, pues, a explicarte lo que es la luz de un modo un poquito más científico. La luz es una energía irradiada. Tú ya sabes, por otras charlas que hemos tenido, que el espacio está invadido por un cuerpo invisible llamado éter.

—Sí, lo recuerdo.

—Y debes recordar también que hemos hablado de que el sonido no es ni más ni menos que una vibración del éter. Recuerdo que te cité el ejemplo de las ondas que se producen en la superficie de las tranquilas aguas de un estanque cuando se tira una piedra.

—Sí; me dijiste que las ondas sonoras se propagaban por el espacio lo mismo que esas ondas del agua.

—Así es; y que para que hubiera sonido era preciso que un objeto cualquiera se moviese en el espacio, para que hiciese vibrar el éter de su alrededor. Pues bien; para que haya luz es preciso también que exista un punto luminoso, como el sol, por ejemplo.

—El sol me parece demasiado grande para considerarlo como un punto.

—En relación con tu personita es inmensamente grande; pero comparándolo con todo el universo no es más que un insignificante punto.

Bueno, pues supongamos el punto luminoso del sol, o el de una cerilla encendida, o el de un foco. Lo que mejor te parezca.

—Para el caso da lo mismo. Todo punto luminoso es un centro de donde arranca una energía irradiada que hace vibrar el éter lo mismo que el sonido, sólo que esta vibración produce en nuestra vista el efecto de la luz. Es decir, que la luz no es precisamente lo que nosotros vemos, sino un estado vibratorio del éter que nos permite ver las cosas. En cuanto este éter deja de vibrar, por haber cesado de actuar el punto luminoso, ya no podemos ver las cosas, aunque las tengamos delante.

—Nos quedamos a oscuras. Ya voy comprendiendo lo que es la luz. Entonces, mi querido buho, hay ciertos objetos que se oponen al paso de la luz; es decir, que interrumpen esas vibraciones del éter.

—Efectivamente: esos son los cuerpos opacos. Si nos metemos

en una habitación y cerramos sus puertas y ventanas, la privaremos de luz y no veremos nada. Es como si dentro del estanque de que antes hemos hablado metieses hasta cerca de su boca un cubo que no tuviese fondo. Si tiras una piedra al estanque, se producirán ondas en toda su superficie menos en el espacio que queda dentro del cubo. Las paredes de éste no han dejado pasar las ondas.

—Comprendido. Hay otras ondas que pasan con más facilidad que la luz.

—Desde luego; el mismo sonido pasa a través de paredes muy espesas. Se puede estar en una habitación a oscuras y estar, sin embargo, oyendo el ruido de la calle.

—Yo me refería a otras ondas, de que también me has hablado en otra ocasión. A esas ondas llamadas hertzianas.

—Esas atraviesan todos los objetos. Nada se opone a su paso. Son las que se transmiten sin dificultad alguna en su camino.

—¿Con mucha velocidad?

—Con la misma que la luz.

—Es que no sé cuánto corre la luz.

—La luz corre con una velocidad de unos trescientos mil kilómetros por segundo, o sea un millón de kilómetros en poco menos de cuatro segundos. Es la velocidad más grande que se conoce en el universo. Antiguamente la luz no se consideraba como tal vibración del éter, sino que se suponía que estaba compuesta de un número infinito de pequeñísimas partículas que cruzaban el espacio en todas direcciones.

—Algo así como si un gran globo lleno de purpurina reventase en el aire y dejase caer su contenido sobre nosotros.

—Algo así, sólo que las partículas de la purpurina son muy grandes, Chonón.

—Todo es relativo, querido buho. En comparación con las partículas de luz serán muy grandes; pero si se las compara con todo el universo, son imperceptibles. Ya sé que vas a decirme que eso es repetir lo que tú has dicho antes y que soy un imitador.

—Un mono de imitación, que no es lo mismo.

—Sea una u otra cosa, es el caso que antiguamente estaban equivocados en cuanto al concepto que tenían de la luz, ¿no es eso?

—Sí, señor; y, sin embargo, es curioso el hecho de que descubrimientos que se hicieron sobre la base de esta teoría equivocada han resultado luego ciertos.

—No te comprendo, mi querido buho; explícame lo que quieres decirme.

—El gran sabio Isaac Newton suponía que la luz era como una espesa lluvia de diminutas partículas. Sobre esta teoría descubrió el importantísimo fenómeno de que la luz ejercía presión sobre los objetos, del mismo modo que la ejerce la lluvia.

—¿Y acertó en su descubrimiento?

—Esto es lo asombroso. Que a pesar de ser falsa la teoría de la luz por él sustentada, resultó cierta la presión de la luz, que está perfectamente demostrada.

—Los sabios, aun en sus equivocaciones, son siempre sabios. Es una dicha nacer sabio, o nacer buho, que es lo mismo.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un mosquetero.  
ROMÁN JUGO.



Mi prima Carmen.  
PILAR SANTURTUM.



Mi hermanito Marcos.  
AMADOR CAMBRA.



Un indio.  
LUIS EGEA.



Un americano.  
A. MORALES.



Princesa Rosa.  
M.<sup>a</sup> DE LAS NIEVES A. P.



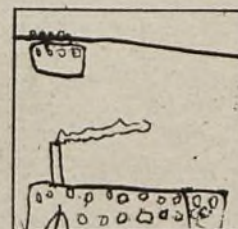
Justicia.  
JOSÉ L. FERNÁNDEZ.



Mi hermanito el pequeñito jugando con el perrito.  
ROSARIO LOSADA.



Currinche y D. Turu, por  
N. QUINTANA.



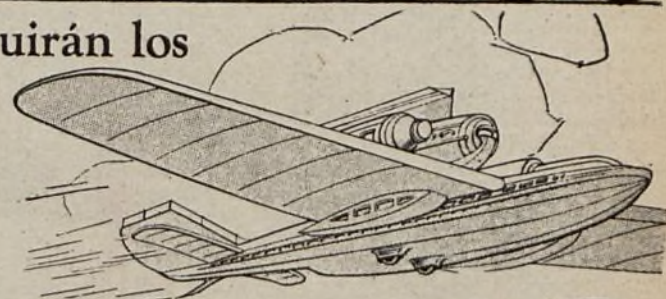
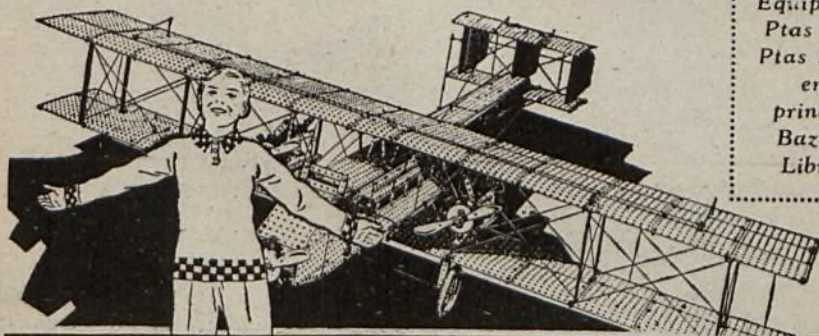
Un tranvía aéreo.  
E. ORELLANA.



Brindo por Pinocho.  
R. L.

## Los Meccaninfos de hoy construirán los aviones de mañana

Los pilotos que realizarán los raids aéreos de mañana son los Meccaninfos de hoy, ya que seguirán los principios de la verdadera ingeniería moderna en la construcción de modelos con los mecanismos más maravillosos del mundo—Aviones, Locomotoras, Automóviles y otros, por centenares, y todos funcionarán en realidad como sus prototipos. El joven que se aprecia en saber algo de maquinaria, rehusará toda imitación de Meccano, porque nuestro Meccano es el único sistema de construcción fundado en los principios de la verdadera ingeniería.



Equipos desde  
Ptas 12.50 a  
Ptas 1100.00  
en los  
principales  
Bazares y  
Librerías

### Pidanos este magnifico librito

Este nuevo librito "El Tesoro de la Juventud" contiene pormenores completos de nuestro Meccano.

Nuestro Agente tendrá sumo gusto en enviarle gratuitamente este magnifico librito, al recibir sus señas, así como las de tres de sus camaradas. Indique el número 15 á continuación de su nombre, como referencia.

Insista que su  
equipo lleve  
la marca

# MECCANO

El juguete que  
ayuda a perfeccionar  
la famosa ingeniería

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226, Barcelona  
Producto de MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## MICIFUZ Y ZAPIRÓN



—Vosotros habréis oído hablar de Mici-fuz y Zapirón. Habréis leído la fábula de Samaniego, que los ha popularizado. No ignoráis sus aficiones a los caponcitos sabiamente asados. No os causará, pues, sorpresa el saber que todos estos animalitos que aparecen en el dibujo están clamando a los cielos, a Júpiter, su rey, demandando venganza para los dos mininos... Como que iban a celebrar en amable paz y compañía la puesta de largo de la señorita tortuga y tenían preparados al efecto un par de caponcetes, tiernecitos, dorados, lustrosos, y los dos cofrades de Morronguis se los han merendado en un santiamén... ¡Cómo se deben de reir de la cólera de los fracasados comilones!... Porque —se me había olvidado deciroslo— están escondidos muy cerca de ellos...

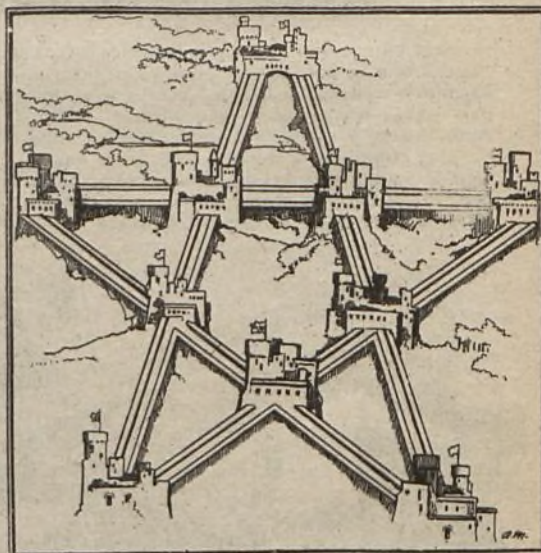
## LA CARRERA



Al ver a este mozalbete correr como un loco, adivino vuestra pregunta: ¿Quién le había metido en esos trotes? —diréis—. Y yo os contesto: ¿No va a correr como un desaforado si se ha dejado olvidadas las orejas en casa? Porque no sé si os habéis fijado en que le faltan las orejas; claro que ese olvido no ha sido de él, sino del dibujante, que ha incurrido en cinco errores más...

Va de cuento... Pues, señor; en una época en que los pájaros podían vivir tranquilamente sin que nadie los cogiera y los animales más fieros vivían junto al hombre, sin atacarle ni recibir de éste el menor daño, en un lejano país de Asia, un tal Menéndez, que tenía una fabulosa fortuna, encargó a su arquitecto que le construyera diez castillos que estuvieran unidos por cinco murallas rectas, de forma que cada muralla uniera cuatro castillos. El arquitecto, que era un tío muy listo, cumplió el encargo en la forma que podéis ver en el adjunto dibujo; pero Menéndez le dijo que sí, que estaba muy bien, pero que lo que quería él era que, además de las condiciones que le había indicado, quedaran dos castillos en el centro del recinto amurallado, rodeados de murallas, puesto que en el proyecto de Pastrana —el arquitecto se llamaba Pastrana— todos los castillos quedaban al exterior... ¿Sabéis cómo se las arregló Pastrana para dejar satisfecho a Menéndez...? ¡A cavilar tocan!

## LOS CASTILLOS

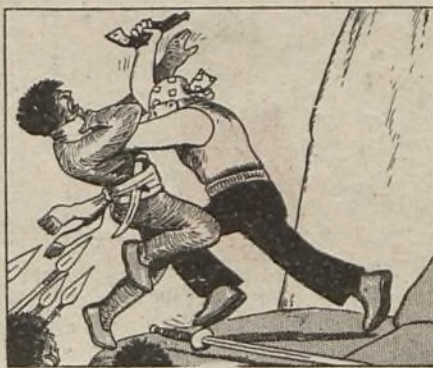
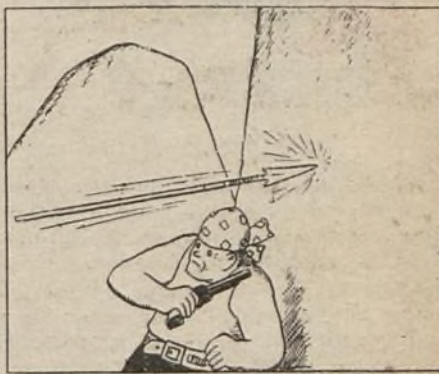


para dejar satisfecho a Menéndez...? ¡A cavilar tocan!



# ANITA

## BUEN-CORAZON



¡SI PUDIERA REANUDAR EL ENSUEÑO ME ENTERARÍA DE COMO TERMINÓ LA LUCHA!

¡MALDITO RELOJ, YA ESTÁ DANDO LA HORA DE LEVANTARNOS!

BONG!  
BONG!

¡QUE HORRIBLE SUEÑO, MI PADRINO LUCHANDO CON UNOS SALVAJES!

¡LOS ENSUEÑOS MALOS NO SON SIEMPRE DESAGRADABLES PUES A VECES RECUERDAN A PERSONAS QUERIDAS!



# Sección Pirula



**CHARLAS DE  
PIRULA... BOR-  
DADORA**

*Amelita, sus muñecas y la arquitectura.*—¿Os acordáis que hace poco os he hablado de Luisito, el aficionado a viajar, que cuando «era pequeño», es decir, cuando aún no había

cumplido los siete años que tiene ahora, quería ser mozo de estación, y desde que es «grande» (como el dice) ha elegido para cuando sea «aún mayor» el oficio de maquinista de tren?

Su hermana, mi Pirulinda Amelia —también creo haberos hablado de ella—, se indigna de que todo el mundo le pregunte a Luisito lo que quiere ser y que a ella no se lo pregunte nadie. Suele protestar: «Yo también quiero ser algo», a lo cual le contestan invariablemente, con gran desesperación suya: «Tú serás mamá de tus hijos, como hoy lo eres de tus muñecas.»

Sí, claro que Amelita es una excelente mamá de sus muñecas, a quienes prodiga los más tiernos cuidados, y lo mismo quiere a «Pancracia», la de bucles morenos y pendientes de coral, que a «Teodomira», la peloncita que lleva un chupete a modo de *pendantif*, o a «Deodota», la rubia que ya anda sola, «aunque no haya cumplido todavía el año», como dice su mamá, y también a «Pepita», la negra que se ha salvado de llevar un nombre estrafalario, gracias a su parecido con su tocaya Josefina Baker.

Bueno, de esto de los nombres habría mucho que hablar. Yo he oído decir que el carácter de las personas y hasta su físico respondía al nombre que llevan; pero os advierto que no lo creo. Ya veis, he conocido a una Angelina que era un verdadero demonio (huelga decir que no era Pirulinda) y a una Amparo que era incapaz de amparar a nadie, pues era una redomada egoísta; a una Dolores, que era la niña más feliz del mundo, y en su vida supo lo que era ni un mal dolor de muelas; a una Soledad, que siempre estaba rodeada de familia y de amigos, y a una Consuelo, que sólo sabía contar cosas tristes y acongojar a todo el mundo; a una Blanca, que era más negra que una caja de betún, y a una Rosa, que tenía un cutis del color de la aceituna, y a una Pánfila, que era listísima, y a una Gloria, que era modesta, recatada y tímida, y a... bueno, no acabaría si quisiera enumeraros todas las que no se parecen a su nombre ni poco ni mucho. Sólo os daré un ejemplo que vale por muchos; sin duda no ignoráis que a una botella pequeña de licor se la llama una «pirula»; ¿queréis decirme a mí en qué me parezco yo, vuestra Pirula, a una botella de licor? Volviendo a Amelita, os diré que, aparte de su manía de ponerle nombres estrafalarios, es para sus muñecas una mamá ideal, y lo será más tarde para sus hijos con sólo que se cuide de buscarles padrinos que tengan nombres más aceptables que los que a ella la gustan. Pero a Ame-

lita no le basta con la perspectiva de ser una buena madre; quiere hacer algo más. Tiene un proyecto que no se atreve a decir y a nadie se lo ha confiado más que a mí, que soy la confidente de todas mis Pirulindas. Amelita quiere ser... ¡arquitecta!

Y ¿quién sabe? A lo mejor realiza este proyecto, porque si bien ahora no hay ninguna mujer en España dedicada a la arquitectura, puede que cuando Amelita sea mayor las haya, o que ella sea la primera. Por lo menos, tiene grandes disposiciones para el dibujo lineal y para las matemáticas, lo cual es muy útil para la arquitectura.

A Amelita le ha venido esta gran afición por lo que se ha divertido en edificar una casa... de cartón.

Es la casa que ha hecho con el álbum recortable de arquitectura de esos de «Mañana y risa», que todas conocéis y tenéis, seguramente.

Digo «el álbum» y debería decir «los álbumes», porque Amelita ya ha recortado por lo menos cinco, y está dispuesta a recortar otros tantos... en espera de poder hacer las casas de piedra y de mármol.

No es que todas las casas sean de piedra y de mármol, pero las que hará Amelita cuando sea arquitecta sí, ya que ella piensa dedicarse tan sólo a la edificación de palacios y de *cines* muy lujosos.

¡Ah!, a propósito de *cines*, también es Amelita una fiel compradora de esos otros álbumes que son películas, y está encantada de tener el *cine* en casa. Pero, ¿es que nos vamos a pasar hoy toda la «Sección» charlando? ¡Nada de eso! ¡A trabajar! Yo os voy a dibujar unos motivos de labor y vosotras los vais a copiar. Ved, uno de los dos motivos es de flor y se borda al pasado; es de una facilidad que está al alcance de mis Pirulindas más... digamos menos viejas. Haréis, como en el grabado, las flores y los bodeques de un color y las hojas y el centro de la flor grande de otro. Este motivo adorna graciosamente una esquina

de mantelillo o de cuello de vestido. El otro es de punto de cruz; también sirve para una esquina, pero se prefiere para bolsillo de delantal o vestidillo. El delantal se borda con algodón y el vestidillo, de vuela, con lana. Este bolsillo se completa muy bien con un borlón, hecho con lana igual a la del bordado.

